

# Caz Frear

## **DULCES MENTIRAS**

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Título original: *Sweet Little Lies*

Publicada por primera vez en inglés por Zaffre,  
un sello de Bonnier Zaffre, Londres

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Caz Frear, 2017

The moral rights of the author have been asserted

© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9181-079-7

Depósito legal: M. 4.435-2018

Printed in Spain

*Para Alex, Chessy, Fifi y William,  
y para Mick*



Recuerdo con una nitidez propia de la alta definición el día en que me hablaron de Maryanne, aunque desconozco totalmente qué fue lo que le sucedió y la forma en que se marchó.

No digo esto pretendiendo que sirva de coartada. Tampoco es un ensayado mecanismo de defensa. Al fin y al cabo, nunca he tenido que dar explicaciones —en la escala de los posibles sospechosos siempre he estado firmemente situada al lado de la abuela, en una posición intermedia entre «ridícula» y «casi imposible»—, y sin embargo, con el fin de poder entender los demonios que me acosan, y haciendo honor al juramento policial que tengo en tan alta estima, considero necesario dejar claro que no sé nada de lo que le ocurrió a Maryanne Doyle, la chica que fue a Riley's a comprar laca para el pelo y jamás regresó.

Tengo mis sospechas, naturalmente.

Especulo mucho, sobre todo después de tomarme un vino blanco. Pero a la hora de la verdad, lo cierto es que no sé nada.

No se puede decir lo mismo de mi padre.



## 1998

---

*Estábamos a 31 de mayo de 1998, y llevábamos una semana larga holgazaneando en Mulderrin. Yo tenía ocho años y era una niña regordeta, con la cabeza cubierta por una masa de rizos grasientos y una boca llena de dientes que se movían, y estoy casi segura de que llevaba puesta mi camiseta de Pokemon. En Londres mis amigas estaban preparándose para volver a las clases tras las vacaciones del trimestre, pero mi padre acababa de anunciar, mientras masticaba una tostada, que contábamos con una dispensa especial para quedarnos otra semana más en casa de la abuela, lo cual le valió un «choca esos cinco» por parte de Jacqui, mi hermana mayor, y una bofetada en la cara por parte de mi madre.*

*Intentando suavizar una tensión que no entendía, levanté la vista de mis tortitas rellenas.*

*—Mamá, ¿qué quiere decir «dispensa»?*

*Mi madre se remangó igual que si fuera un matón a punto de liarse a puñetazos.*

*—Búscalo en el diccionario, cariño. Lo encontrarás al lado de «deshonesto» y «deshonra».*

*Jacqui se estiró por encima de la mesa para coger un yogur y, al hacerlo, su melena rubia y enredada ocultó su sonrisa de gallito arrogante.*

*—Quiere decir que papá le ha dicho al colegio que se vaya a tomar por el culo.*

*Mi madre perforó a mi padre con la mirada como si este fuera un trozo de carne podrida.*

*A mi padre, no a Jacqui.*

*Pero claro, es que todo era culpa de mi padre. La lengua sucia de Jacqui, las notas que había sacado Noel, el hecho de que yo estuviera regordeta. Hasta las cosas buenas, como los regalos que aparecían sin cesar a los pies de nuestras camas y el nuevo reproductor de alta fidelidad, que según aseguró mi padre era de la gama más alta, terminaban empañadas por la mirada reprobatoria de mi madre. Incluso aquel viaje para ver a la abuela, las primeras vacaciones que disfrutábamos en tres años.*

*—¿Esto te parece que sean vacaciones? —se quejó mientras hacíamos cola para tomar el barco en Holyhead—. Es continuar cocinando y limpiando, solo que en una casa distinta. Una casa en la que ni siquiera hay secadora ni una aspiradora como Dios manda.*

*Tras sopesar la escena que tenía ante mí como la pequeña y astuta policía detective que había aprendido a ser, me escondí una tortita en la cinturilla de los leotardos y me escabullí, pues calculaba que solo era cuestión de tiempo que el foco de atención cambiase de sitio y yo dejara de ser un observador pasivo para convertirme en un blanco fácil. Cuando mi madre se ponía así, había que andarse con pies de plomo.*

*Recuerdo algunas cosas más.*

*Aquel día comí bizcocho de malta a modo de almuerzo. Cuatro porciones bien gruesas, untadas con mantequilla de verdad. A la abuela le encantaba ver comer a la gente, siempre se quejaba de que la única persona que iba de visita a su casa era aquella muchacha delgaducha del Departamento de Servicios Sociales, y que se pasaba el día entero intentando convencerla de que se comiera una galleta. «Al contrario que tú», me decía al tiempo que me jaleaba viéndome comer un plato de sándwiches de jamón que no se comería un campeón de lucha libre. «Así no te llevará el viento, querida Catrina.»*

Luego, como me había portado bien en misa (y no le había contado a mi madre que en el camino de vuelta habíamos hecho un alto en una cabina telefónica), mi padre me dio dos libras para que me las gastase en Riley's, en chucherías y dulces.

También fue el día en que Geri se separó de las Spice Girls.

Dado que en aquella época todos mis seres queridos y todas las mascotas de mi familia estaban aún vivitos y coleando, el abandono de Geri me provocó el primer sentimiento de pérdida que experimentaba yo en mis cortos ocho años de vida. La primera puñalada traquera. Fue Jacqui la que me lo dijo —un fantástico notición para una niña inglesa que se encuentra en un país extranjero—, y todavía la recuerdo viniendo a mí a la carrera por el prado de Duffy, tan escandalizada, que estaba sin resuello, una actitud que desmentía totalmente la imagen de indiferencia total que venía fingiendo toda la semana, desde que conoció a Maryanne Doyle.

—¡No me lo puedo creer, será cabrona! Es una Judas, esa traidora, gorda como una foca. ¡La que decía que la amistad nunca tiene fin! ¿Estás bien, peque?

Me refugié bajo su brazo lloriqueando con la misma fuerza y la misma persistencia que un niño pequeño que sufre los cólicos del lactante.

—Puedes llamar al teléfono de la esperanza —me dijo Jacqui al tiempo que me abrazaba como solo pueden abrazar las hermanas mayores, ahogándome en una nube de cigarrillos mentolados y colonia CK—. Si quieres, luego te acerco a la cabina telefónica. Espera, me parece haber visto a esa Maryanne con un móvil... A lo mejor nos lo presta si le damos algo. ¿Todavía tienes esas dos libras?

Yo no tenía las dos libras, y tampoco tenía pegatinas ni dulces que demostraran en qué me las había gastado. No llevaba ni un segundo con ellas en la mano cuando me las arrebató Noel, que es mi hermano mayor y un cabrón monumental, con la advertencia de que si se me ocurría siquiera chivarme, no llegaría a ver mi noveno cumpleaños. Si bien estaba bastante segura de que mi hermano no

*iba a hacerme ningún daño —para empezar, porque le asustaba demasiado mi padre—, la mera amenaza que representaba la presencia de Noel, con la nariz enrojecida y goteante y las uñas sucias y rotas, bastaba para que yo cerrase la boca, y, francamente, la mayoría de los días deseaba verlo muerto.*

*De modo que con la bofetada que le dio mi madre a mi padre y el hecho de que Geri se hubiera convertido en una traidora y de que Noel me hubiera robado la recompensa que me había ganado yo con mi silencio, el 31 de mayo de 1998 no fue para mí exactamente lo que se dice un día maravilloso. De hecho, escribí en mi diario que había sido el «peor día de toda la historia del mundo entero». Incluso peor que el día que vomité en las escaleras mecánicas de Brent Cross y Noel le dijo a todo el mundo que yo tenía el sida.*

*Fue tan horrible que ni siquiera me percaté de que Maryanne había desaparecido.*

*Maryanne era amiga de Jacqui, así que Jacqui insistió de todas maneras. Yo nunca las había visto intercambiarse nada, a excepción de un porro de vez en cuando y algún que otro cumplido con doble intención. Si tuviera que resumirlo, diría que Maryanne se mostraba totalmente displicente con Jacqui, la cual, como tenía solo catorce años, era tres años más pequeña que ella y aún estaba aprendiendo a llevar sujetador.*

*La palabra «displicente» la busqué en el diccionario una noche en que Jacqui entró como una exhalación en la casa de la abuela despotricando contra Maryanne y sus amigas, que se habían ido con unos «descerebrados», con lo cual había tenido que volver de noche a casa andando.*

*—Hazme caso, esa Doyle es displicente con los sentimientos de todo el mundo —dijo mi madre al tiempo que removía la leche que estaba calentando en un cazo para que la abuela se la tomase con ca-*

cao y un chorrito de coñac—. Su madre era igual, aunque, que Dios me perdone, no debería criticar a los muertos.

Yo, desde luego, no me mostraba displicente con Maryanne. Desde el mismo momento en que le puse los ojos encima, me empecé en perseguir a todas horas a aquella criatura tan llamativa que usaba vestiditos de muñeca y pendientes de aro del tamaño de una noria. Iba detrás de ella y de su pandilla, guardando un silencio reverencial con dolorosa timidez, con la esperanza de poder participar en cualquier cosa, literalmente, que ellas me permitieran. Pero nunca me permitían nada. De hecho, tan solo en una ocasión pareció percatarse Maryanne de mi presencia: en el mercadillo que se organizaba todos los viernes en la plaza del pueblo.

*Eso fue dos días antes de que desapareciera.*

—Oye, qué chula tu Campanilla —me dijo tocando el diminuto colgante de color rosa que llevaba yo alrededor del cuello, regalo de primera comunión de una tía mía lejana que no era demasiado beata—. ¿Dónde te la has comprado? ¡Es genial! Mira, hasta hace juego con el aro que llevo en el ombligo, ¡es perfecta!

Se levantó un poco la camiseta y al instante un grupo de adolescentes borrachos que estaban devorando unos helados empezaron a decirle a voces que enseñase algo más que el ombligo. Pero Maryanne ni se inmutó; simplemente los mandó a la mierda con un gesto y se volvió hacia mí.

Pero es que a Maryanne no le faltaban admiradores precisamente. Con su melena ondulada y de color negro azabache y sus morritos pintados de rosa, la mayoría de los chicos se quedaban petrificados cuando la veían: los ojos salidos de las órbitas, las orejas echando humo y el corazón latiendo como loco en su enclenque pecho de adolescentes.

*Y no eran solo los chicos. También eran los hombres adultos.*

*Los maridos.*

*Los padres.*

*En el curso de aquellas vacaciones, mi padre dijo una mentira. Una mentira enorme, monstruosa. De las que los adultos siempre enseñan que no se deben decir. De las que siempre vuelven para atormentarte.*

*Solo había una persona que sabía que se trataba de una mentira, pero las niñas de ocho años no cuentan, ¿no? Las niñas de ocho años están demasiado ocupadas con sus pegatinas, sus chucherías, sus Pokemon y sus Spice Girls para percatarse de lo que está sucediendo en realidad.*

*Aquellas vacaciones, mi padre cometió muchos errores, pero el más grande de todos fue el de dar por sentado que tener ocho años era lo mismo que ser tonto.*

*Porque yo sé que dijo una mentira acerca de Maryanne Doyle. Y estoy más segura de ello que de que me llamo Catrina.*